

Publicado en: *Aldaba*, nº 30, Revista del Centro Asociado UNED, Melilla, noviembre 1998, págs. 35-52.

Rusaddir:
*de la memoria literaria a la realidad
histórica de la expansión
fenicio-púnica en Occidente*

FERNANDO LÓPEZ PARDO

Universidad Complutense de Madrid

En 1945, Rafael Fernández de Castro, ilustre cronista de la ciudad de Melilla, señalaba que *Rusaddir* fue fundada allá por los siglos XI ó X a.C. en el contexto de las más antiguas fundaciones fenicias en la costa septentrional africana, poco después del establecimiento de los fenicios en las islas de *Gadeira* (1945: 125-129). Aunque reconoce la inexistencia de pruebas, aduce que fue una fundación "inevitable". "*La privilegiada situación del "Promuntorium Rusadir" (península de Tres Forcas) sobre la costa mediterránea del actual Marruecos, no pudo pasar inadvertida para aquellos primeros navegantes en sus frecuentes viajes hacia las Columnas de Hércules. Al bordear su costa, es forzoso advertiesen la conveniencia de fundar allí, en la parte oriental y quizá tal vez en la occidental (Cazaza ?) uno de los "bancos" o factorías comerciales de que se dice sembraron el litoral....*" (128)

Para otros, más recientemente, *Rusaddir* fue una de las colonias comerciales fenicias fundadas por Tiro a partir del s. VIII a.C. Ese descenso cronológico no se debe a que hallan aparecido pruebas que permitan establecer la nueva datación para la localidad, sino al afianzamiento de la tesis de que la expansión fenicia en Occidente no comenzó hasta el siglo VIII a.C., de tal manera que si se quería contextualizar este establecimiento norteafricano en ese proceso era obligado atribuirle esa nueva cronología. Se trata en ambos casos de hacer remontar la fundación de la ciudad a los orígenes de la expansión fenicia en Occidente, basándose más en un acto de voluntarismo que en la existencia de indicios veraces. La posición hipercrítica adoptada por otros investigadores parece alejarse aún más de la realidad histórica, pues consideran el enclave magrebí una fundación púnica tardía, al contabilizar sólo los restos arqueológicos hallados en su suelo en las primeras décadas del siglo XX. Una buena muestra de ello es que en ningún trabajo científico sobre la expansión fenicia en Occidente, aparece incluida *Rusaddir*, sólo se habla del enclave cuando se trata del final de la época púnica, incorporando al discurso histórico sólo la escasa y tardía documentación arqueológica. Así, pues, como podemos apreciar, hasta hoy en día se ha discutido el problema de los orígenes de la localidad teniendo en cuenta un marco cronológico extraordinariamente amplio a la vez que muy inseguro, aunque es fácil colegir que la última propuesta tiene pocos visos de verosimilitud.

En una época como la nuestra en la que los trabajos arqueológicos suelen precisar con bastante exactitud el nacimiento de muchas localidades, a veces más allá de lo que nos dicen las fuentes literarias o por el contrario desmintiendo pasados míticos, por lo que se refiere a Melilla nos encontramos sin embargo con una situación inversa por ahora, las fuentes literarias, dentro de una imprecisión cronológica remarcable, señalan que ésta tuvo un pasado como núcleo de carácter urbano mayor de lo que ponen de manifiesto los pocos restos arqueológicos que había deparado su suelo.

Las noticias que se refieren a esta localidad en la Antigüedad no se inscriben dentro de la que conocemos como literatura histórica, aquella que en Época Clásica se preocupaba de poner a salvo los hechos, creando con su sucesión temporal la noción de pasado histórico, de igual manera que la épica se encargaba de conservar el recuerdo de la "gloria" inmortal de los héroes (Canfora, 1972). Las referencias más arcaicas

proceden de periplos y descripciones cartográficas que habitualmente no incorporan una noción de diacronía¹. Pero sin embargo, a pesar de ello las informaciones peripleas se tornan valiosas para el historiador en el instante en que se pueden inscribir en un marco temporal preciso.

La ciudad de *Akros* en el Periplo del Pseudo-Scylax.

En una prolija pero confusa obra conocida en época moderna como el Periplo del Pseudo-Scylax se cita una ciudad con el nombre de *Akros* que cuenta con un puerto y tiene en sus proximidades un golfo (Müller, *G.G.M.* 107-112). Se encuentra entre dos hitos geográficos reconocibles aunque algo distantes, por un lado *Abila*, la Columna de Heracles en Africa, y por el otro la ciudad de *Siga*, la actual Takembrit, en el río del mismo nombre, conocido ahora como uadi Tafna y delante una isla, fácilmente identificable con la isla del faro de Rachgoun. Todo ello induce a identificar *Akros* con *Rusaddir*, tanto por los indicios topográficos, pues la amplísima albufera conocida como Mar Chica (Sebja bu Arg) sería el golfo indicado y muy probablemente el gran cabo es reconocible en el promontorio de Tres Forcas (Rus er Dir). También el nombre de *Akros* parece traducir parte del topónimo púnico *Rusaddir*.

La lectura del texto sigue siendo problemática. En la edición más conocida del mismo, K. Müller llama *Akra* a la isla que se encuentra delante de *Siga*, considerando poco probable que el apelativo "gran ciudad" que viene a continuación se refiera a una innominada localidad dentro de la isla, dadas sus escasas dimensiones, considerando que tal calificativo se refiere a la localidad de *Akros* (*Rusaddir* ?) que menciona después (*G.G.M.*, 1855 (1965): 90). Aunque la idea es muy sugerente y quisiéramos ver en *Rusaddir* un gran centro urbano, la reconstrucción es enormemente forzada, sobre todo por el hecho de que en todo el amplio párrafo que señala accidentes y localidades desde Cartago hasta las Columnas, no se destaca ninguna ciudad con apelativo alguno, solamente señala el periplo la existencia de unas "pequeñas" islas habitadas por los cartagineses, *Gaulos* (Gozzo) y *Melitè* (Malta). No dejaría de ser enormemente extraño que si no se dice de Cartago o de Utica que son "grandes", como se va a atribuir ese calificativo a *Akros*. Roget ofrece una lectura del texto mucho más acorde con la realidad geográfica y arqueológica de la región, lo cual le obliga a trastocar *Akra polis megale* (Akros, gran ciudad) por *Akra megale polis* (ciudad

del Gran Cabo), lo cual permite no atribuir el nombre a la isla de *Rachgoun* y reconocer por el contrario la existencia de un "gran cabo".

En cualquiera de los casos y a pesar de que la lectura de Roget nos parece la más adecuada, nuestro discurso no queda alterado sea cual sea la interpretación correcta, pues lo que se trata aquí son las cuestiones de tipo cronológico que se derivan del hecho constatado de que *Akros* es *Rusaddir* en la obra del Pseudo Scylax, sea esta la ciudad del Gran Cabo o bien una gran urbe.

Aunque existe acuerdo de que la obra fue estructurada antes de las transformaciones debidas a Alejandro Magno, fechándose por lo tanto su redacción en la segunda mitad del siglo IV a.C., la documentación de algunas partes de ella pueden ser anteriores, datables de los siglos VI y V a. C. (Peretti, 1961: 5-43; Desanges, 1978: 92-94; Domínguez Monedero, 1994: 63). Sin embargo, precisamente el párrafo que nos ocupa no aporta indicios de estratificación ni de añadidos, sino que presenta una gran homogeneidad, al menos aparente. Tampoco, al igual que el resto del periplo, incluye elementos conocidos en obras consideradas de tradición arcaica, como el periplo de Hannon o los fragmentos que nos han llegado de Hecateo de Mileto (Desanges, 1978: 94). Así pues, haciendo un ejercicio de prudencia hemos de reconocer que la referencia del Pseudo-Scylax a *Akros* permite remontar la existencia de *Rusaddir* a mediados del siglo IV a.C. como datación más baja. Se trata de un dato de no poca relevancia, pues cuando menos supera en más de un siglo la datación de los restos arqueológicos hasta ahora reseñados.

- *Metagonion*, la ciudad del "promontorio esquinado".

No conocemos ninguna referencia más antigua en las fuentes literarias que de forma más o menos explícita trate de *Rusaddir*, pero no se excluye que la localidad pudiera ser conocida también con otro nombre. Nada impide que en algunos portulanos y periplos se hallan conservado denominaciones diferentes, en función de otras tradiciones marineras. Sabemos que algunas de estas tradiciones estaban más atentas a las denominaciones usadas en la región, intentando reproducir fonéticamente el nombre local (este parece ser el caso del uso del término *Rusaddir* en los textos griegos y latinos), otras, traducen su significado, como parece hacerlo parcialmente el Pseudo-Scylax al

nombrar la localidad de *Akros* junto al gran promontorio, y en fin, en otras ocasiones los marinos recuerdan ensenadas, golfos, islas, promontorios, etc. por nombres que de alguna manera los describen. Ejemplos no faltan en la literatura periplea (*T.H.A. I*, 1994: *passim*) y este es el camino que queremos emprender para proponer una posible duplicidad en la denominación de este enclave y del gran cabo próximo, quizás también conocidos como *Metagonion* entre los griegos.

Según recoge Esteban de Bizancio, Hecateo de Mileto señaló la existencia de una ciudad en *Libya* llamada *Metagonion* (Frag. 324, Müller, *F.H.G.*: 24). Este topónimo sirvió para identificar también un promontorio, una región desértica y un pueblo al decir de Estrabón, el cual nos da las referencias más precisas para su localización (XVII, 3,6). El promontorio y la región árida se situarían cerca del río *Molochath* (Muluya). Aunque se ha querido identificar el promontorio *Metagonion* con el cabo del Agua, situado a oriente de *Rusaddir*, más cerca del gran río que separa la Mauritania Occidental del territorio de los *Masaesylios*, se trata por el contrario del cabo Tres Forcas o Rus-er-Dir. El equívoco procede ya de Ptolomeo (IV, 3) que da el nombre de *Sestiaria Akra* al Cabo Tres Forcas y señala a continuación de *Rusadir* el cabo *Metagonitis*, pero si seguimos a Estrabón (XVII, 3,6), que dice que el promontorio se encuentra frente a *Carthago Nova*, por fuerza se tiene que tratar de un accidente especialmente relevante como lo es el cabo Tres Forcas y no el cabo del Agua o Ras Sidi Bechir, poco visible para los marinos. La importancia del promontorio viene señalada en el propio texto de Estrabón al destacar este que Timósthenes se equivoca situándolo a la altura de *Massalia*, sin duda porque aplica el mismo nombre al cabo *Treton*, otro jalón geográfico de indudable importancia (Desanges, 1980: 188). Quizás la prueba más concluyente esté contenida en el significado del topónimo, que parece provenir de la expresión griega *metà to gónion akron* que designa un país situado más allá de un cabo especialmente anguloso o pronunciado (*R.E. s.v. "Metagonion"*: 1320-21; con mayor precisión, Desanges, 1980: 188). También precisamente se aplica el nombre artificioso de metagonitas al pueblo que habita entre este cabo y las Columnas de Heracles (*Strab. III*, 5,5; *Ptol. IV*, 1,5), pues visto desde el Mediterráneo Central, naturalmente este pueblo "se encuentra más allá del cabo pronunciado"².

En suma, caben muchas posibilidades de que la ciudad llamada por los griegos con el mismo nombre que el promontorio *Metagonion*, igual

que para los fenicios occidentales recibía el nombre también del promontorio *Rusaddir*, sean una misma. El interés de este hecho no reside sólo en descubrir otra denominación y en sumar las informaciones de las fuentes antiguas asociadas a este topónimo a las de *Rusaddir*, sino que contiene implicaciones sobre los orígenes de la localidad y de la expansión fenicia en la costa norteafricana.

Como decíamos al principio, las referencias literarias se convierten en referencias históricas ciertas en tanto que cronológicas en el momento en que podemos datar la época en que vivió el autor que las escribió. En esta ocasión tendría poco valor si los autores que nos hablan de *Metagonion* fueran sólo Estrabón o Ptolomeo, ya que estos son claramente posteriores a la redacción del Periplo del Pseudo-Scylax, que como vemos es hasta ahora la referencia *ante quem* más arcaica. Pero al entrar Hecateo de Mileto en el grupo de autores que citan el topónimo *Metagonion*, debemos considerar que la localidad homónima es al menos contemporánea del autor griego, el cual escribió durante la segunda mitad del siglo VI a.C. (*T.H.A. I*, 1994: 23 y 38-39). En suma, no parece descabellado proponer que *Rusaddir* era un enclave fenicio ya consolidado en el siglo VI a.C. y es posible incluso que tuviera mayor antigüedad.

***Rusaddir* y "la civilización de los promontorios rocosos".**

Con estas nuevas premisas cronológicas la apreciación sobre el enclave norteafricano cambia forzosamente, especialmente en lo que se refiere a las características del hábitat y a las funciones que pudo desempeñar en el contexto regional. Por otro lado viene a colmar un vacío de conocimiento notable a la vez que molesto, pues la investigación arqueológica en la costa rifeña no había sido capaz de sacar a la luz ningún asentamiento fenicio entre el cabo Espartel, en la fachada atlántica del Estrecho, y el Oranesado (Tarradell 1958: 74; 1966: 425; Sierra, 1988: 475-6), poniendo de manifiesto una vez más el carácter fragmentario de la búsqueda arqueológica.

No obstante últimamente empiezan a aflorar indicios de presencia fenicia en esta línea de costa, la cual es posible asociar claramente con una relación comercial continuada con las poblaciones autóctonas a partir de los siglos VII y VI a.C. al menos. Cabe señalar el caso de *Tingi* que se encuentra con una problemática similar a la de *Rusaddir*. El

importante núcleo tingitano no ha deparado recientemente ningún hallazgo arqueológico que nos permita replantearnos su origen, los vestigios más antiguos hasta ahora encontrados bajo la ciudad actual siguen siendo de finales del siglo V a.C. (Ponsich, 1971: 170-171). Ahora bien, sabemos que Hecateo de Mileto en su lista de ciudades norteafricanas incluye la ciudad de *Thingé* en Libia (372), noticia que hay que situar sin duda en el siglo VI a.C. Es necesario por lo tanto valorar de nuevo el importante papel que pudo jugar *Tingi* en relación con las poblaciones autóctonas de la región tangerina puesto de manifiesto a través de sus necrópolis diseminadas por el territorio.

Un caso similar es el de Sidi Abdselam del Behar. El hábitat se encuentra en la desembocadura del Uadi Martil, en un estuario fósil del río, sobre una pequeña colina donde se localiza el «morabito» que da nombre al lugar. En dicha colina M. Tarradell (1960: 92; 1967: 256) realizó un sondeo en el que aparecieron vestigios de un pequeño asentamiento, que él fechó en el siglo V a.C. Hoy en día es posible sin embargo retrotraer el enclave hasta los siglos VII-VI a. C. a juzgar por los materiales recuperados en esas excavaciones. El nivel más antiguo cuenta ya con restos constructivos y con materiales cerámicos variados, es abundante la cerámica hecha a mano de paredes gruesas sin decoración y la cerámica a torno, con fragmentos de platos y cuencos de engobe rojo, ánforas R 1 fenicias y cerámicas pintadas con líneas y bandas. En cuanto a su función parece que se trata de una pequeña factoría relacionada con la extracción de recursos del amplio valle del Martil (López Pardo, 1996: 268) y de las cuencas cercanas, como están poniendo de manifiesto los cada vez más cuantiosos hallazgos coloniales en los asentamientos autóctonos de la región.

Uno de los más sorprendentes es una fíbula tipo Acebuchal de *Tamuda* (Boube-Piccot, 1995: 68), no por el objeto en sí, sino porque de ser fiable la localización haría remontar el asentamiento nada menos que hasta los siglos VII-VI a.C., cuando hasta ahora la fecha propuesta para su origen no rebasaba el s. III a.C. Por otro lado, en la cueva de Caf Taht el Gar, situada en una zona abrupta próxima al valle del Martil, se encontraron sobre un estrato de Bronce II cerámicas a torno, que inmediatamente M. Tarradell (1955: 317-20) consideró idénticas a las halladas en Cudia Tebmain y Sidi Abdselam. También apareció una arracada de oro de tipo púnico datada por A. Jodin (1966: 56) en torno al s. V a.C. El uadi Lau, es otro cauce con un valle de considerable

amplitud, situado a unos 30 km de la desembocadura del Martil. Allí el yacimiento de Kach Kouch, sito a 9 km de la desembocadura, ha provisto materiales cerámicos fenicios en un contexto de cerámicas hechas a mano. La datación propuesta *lato sensu* por los excavadores para estos materiales va del s. VIII al VI a.C. (Bokbot y Onrubia, 1995: 223).

Aunque los hallazgos de Kach Kouch se pueden poner en relación con la factoría de Sidi Abdeselam, su alejamiento de la desembocadura del Martil y la amplitud del valle del Lau, sugieren la necesidad de buscar un enclave fenicio, aunque fuera meramente estacional, en sus proximidades. Vemos pues como un mínimo esfuerzo de investigación está poniendo de manifiesto que la presencia fenicia en esta línea de costa alcanzó tal dimensión que se puede hablar de un control efectivo de la misma por parte de estos colonizadores. El vacío hasta ahora señalado en el resto de la costa del Rif parece ser fruto de las dificultades para trabajar en un territorio con intrincados accesos y a la falta de proyectos recientes dedicados al análisis de la dinámica de la ocupación humana durante la Antigüedad en los valles de mayor interés de la franja rifeña, entre los que parece especialmente perentorio el estudio del valle del Martil.

El estudio descontextualizado de las factorías fenicias sin un análisis riguroso de los yacimientos del territorio en el que fueron instaladas ha llevado en múltiples casos a un desconocimiento casi absoluto del alcance y características de las relaciones de estos asentamientos con el territorio circundante. Esta situación ha influido sensiblemente en las investigaciones arqueológicas sobre la colonización fenicia en la Península Ibérica, de tal suerte que aún nos encontramos enzarzados en un vaivén de modelos teóricos que pretenden explicar las fundaciones y la base económica en la que apoyaban su supervivencia, cuando las interrogantes planteadas podrían tener respuesta a través de proyectos de investigación interdisciplinares de carácter territorial. El problema tiene un alcance inusitado, pues no se trata simplemente de un desconocimiento de la interacción fenicios-población autóctona en un territorio dado, sino que llega a tocar de lleno la problemática general de la expansión fenicia en el Extremo Occidente, pues aún nos estamos cuestionando, sin obtener una respuesta clara, las características básicas de la misma. El impresionante volumen de restos arqueológicos recuperados hasta ahora no se corresponde de ninguna manera con el

conocimiento real de la dinámica histórica, pues estos adolecen de una clara contextualización macroespacial que permita relacionar los restos muebles con el uso del espacio por parte de los que los utilizan, para poder inferir de ello cómo se produjo la relación de los hombres con el medio, y naturalmente de que carácter fueron los lazos que mantuvieron los colonos con la población indígena, las cuales son imposibles de discriminar a través de una secuencia vertical.

El estado de la investigación sobre el Magreb es aún más precario. Al escaso volumen de restos arqueológicos recuperados, se suman la antigüedad de su publicación y su explicación a través de modelos teóricos ya ampliamente superados. Cuando se ha pretendido incorporar la documentación africana a un nuevo discurso, por lo general ha sido manipulada incorrectamente, normalmente con el fin de sumar nuevas pruebas para apoyar propuestas enormemente endebles, con lo cual las explicaciones que aún permanecen son las que fueron propuestas en el momento en que se recuperaron los vestigios.

De esta manera, tanto Sidi Abdselam del Behar como Cudia Tebmain sobre el uadi Emsá y *Rusaddir* siguen siendo interpretados como escalas púnicas para la navegación de regreso desde los asentamientos del Estrecho a Cartago, siguiendo el modelo propuesto por Pierre Cintas (1948: 8). Según el gran arqueólogo de Cartago, los barcos púnicos necesitaban hacer escalas nocturnas y por lo tanto el litoral debía de estar jalonado de estaciones regularmente distribuidas con una distancia entre ellas de menos de treinta kilómetros. De esta manera, un número importante de yacimientos fenicios, que empezaban a descubrirse y a los que no era posible atribuir fácilmente una relación comercial destacada con los indígenas del entorno, dejaron de ser considerados factorías mercantiles y pasaron a ser imaginados como escalas náuticas.

Los enclaves rifeños analizados por Miguel Tarradell formarían parte de una estructura naval más amplia que abarcaba también el Oranesado, donde G. Vuillemot (1965: 47) atribuyó las mismas funciones a los asentamientos fenicios y de época púnica que fue sacando a la luz, pero poniendo de manifiesto la falta de regularidad en las distancias entre las supuestas escalas. Al hilo de esta propuesta de los asentamientos oraneses, *Rusaddir* fue fácilmente evocada como una más de estas supuestas escalas navales aunque de época tardía.

Creemos que con respecto a la costa norteafricana no se puede

seguir identificando como escalas todos los enclaves fenicios, es necesario replantearse las características de la colonización fenicia en este ámbito desde una nueva perspectiva. Así debemos hacerlo para la factoría del **islot de Rachgoun**, que se encuentra frente a la desembocadura del río Tafna, cauce de agua permanente y en parte navegable. A cinco km de su desembocadura se localizan las ruinas de *Siga*, la que llegó a ser capital del rey *Syphax*, cuya existencia se documenta al menos desde el siglo IV a.C. también a través de la obra del Pseudo-Scylax, lo cual nos sirve para ilustrar el interés económico de la zona. Por otro lado, parece ser que junto a la margen derecha del río, en el promontorio de la *Tour maure*, se han localizado cerámicas fenicias, lo cual ha permitido suponer a G. Vuillemot (1965: 35), creo que con acierto, que es el embarcadero de tierra firme de los fenicios del islot. Por todo ello, no parecería descabellado suponer que Rachgoun fuera realmente una factoría comercial que drenara los recursos del valle del Tafna. La forma de cubrir las necesidades alimenticias consistió sin duda en la pesca y en menor medida a través de la adquisición de alimentos a los indígenas. La abundante pesca estacional, y sobre todo la posibilidad de su larga conservación quizás sean la clave de la supervivencia de muchos de los enclaves fenicios costeros a los cuales se les ha supuesto que cubrían su abastecimiento alimenticio por otros medios (López Pardo, 1996: 270-272).

Por su parte el enclave de Mersa Madakh parece una pequeña factoría pesquera ocupada por lo menos a lo largo del s. VI a.C. y que se inserta en el pujante desarrollo de la producción de los derivados de la pesca que empieza a documentarse muy bien en otros lugares, como Kuass en el mismo siglo, Emsá, Las Redes, etc., más tarde (López Pardo, 1996: 272-274).

En resumen y haciendo un análisis global, creemos que *Rusaddir* se inscribe en un proceso colonizador que cuenta con tres períodos claramente diferenciados. Hoy por hoy, y mientras descubrimientos futuros no demuestren lo contrario, parece difícil su inserción en la fase inicial de la expansión fenicia, la cual se caracteriza por la implantación en el Extremo Occidente hasta mediados del siglo VIII a.C. de unos escasos pero grandes núcleos de habitación con clara vocación mercantil. En Marruecos es *Lixus* la que obviamente desempeña el papel de gestor de casi toda la actividad comercial en la zona atlántica africana durante el s. VIII y primera mitad del VII a.C.

Rusaddir parece fundarse en una segunda etapa de la colonización, a juzgar por los datos de procedencia literaria y el contexto arqueológico de los demás asentamientos de la región. Esta fase se caracteriza en el caso norteafricano por una implantación colonial amplia pero que no pretende una sustancial ocupación de la costa, sino instalar factorías en aquellos lugares que permiten un acceso directo y rápido a concentraciones indígenas importantes localizadas habitualmente en los grandes valles fluviales que pueden proveer materias primas de interés para los fenicios. Véase si no los valles de La Tafna, Lau, Martil, Loukkos y Sebú además de Mogador (Essaouira), el puerto del valle del Sous. La elección de este patrón de asentamiento explicaría la ausencia de factorías fenicias en amplios frentes costeros de Argelia y Marruecos, en especial El Rif, donde muchos cauces fluviales son cortos y proceden de orografías muy quebradas y próximas a la costa y por lo tanto son zonas muy escasamente pobladas, de insuficiente interés para situar enclaves fenicios permanentes (López Pardo, 1996: 275-276).

Dicho proceso parece documentarse desde mediados del siglo VII a.C. con la fijación de enclaves comerciales, como Mogador, Sidi Abdselam y Rachgoun, todos ellos con una cultura material tipológicamente muy homogénea y que parecen formar parte de la misma colonización secundaria procedente de los asentamientos fenicios más antiguos de la región³.

Por otro lado, se puede descartar una hipotética sucesión regular de escalas para la navegación tanto en las costas argelinas como en las marroquíes. Aunque no debemos desdeñar la conveniencia de que los enclaves diseminados de forma irregular por la costa atlántica y la mediterránea, ocupados en otros menesteres, sirvieran además de refugio a los barcos mercantes fenicios.

La tercera fase se iniciaría a partir del siglo VI a.C., cuando se constata la fundación de poblados especializados en la pesca y en la elaboración de salazones de pescado, como Kuass y Mersa Madakh, y más tarde Kudia Tebmain, y quizás Ksar Seguir y en la bahía de Benzú. La proliferación de tal tipo de asentamiento no indica el nacimiento de esta actividad económica en esa época, sino que es el reflejo de su intensificación y por lo tanto la necesidad de desarrollarla en factorías propiamente pesqueras.

Si bien este es el contexto histórico regional en el que se inserta *Rusaddir*, no es fácil asignarle, sin riesgo a equivocarse con certeza, el

papel que pudo desempeñar en el mismo. En este sentido, no parece equiparable ni a Sidi Abdselam del Behar ni a Rachgoun pues estos asentamientos se encuentran en el estuario de dos grandes ríos, *Rusaddir* por el contrario cuenta sólo con un pequeño uadi en sus inmediaciones, aunque se halla no lejos del río Muluya, amplísima cuenca fluvial cuyo nacimiento hay que buscarlo en las estribaciones del Atlas. Precisamente por ello parece evidente su paralelismo con Mogador (Essaouira), que aunque ubicado frente al estuario de un pequeño río, es considerado el puerto del amplio valle del Sous. Sin embargo, poca información hay de las posibilidades comerciales de la cuenca del Muluya, aunque de forma indirecta sabemos de su potencial en marfil, huevos de avestruz, pieles y cuernos de gacela, a través de los grabados rupestres de Aït bou Ichaouen en la vertiente opuesta de la cuenca del Muluya en el Alto Atlas (Greisson, 1973-75: 103-131). Tales recursos podían llegar a *Rusaddir*, el más próximo enclave costero de cierta envergadura.

Los indicios referidos a esa época no nos permiten ir más lejos. Los datos de épocas posteriores parecen destacar su carácter portuario (*Rhysaddir oppidum et portus*. Plin. *N.H.* V, 18,5), con la posibilidad de controlar visualmente toda la costa oriental de la península de Tres Forcas desde el peñasco (Fernandez de Castro, 1945: 129). Parece pues innegable, que aunque el enclave desarrollara otras actividades⁴, llegó a desempeñar una función de escala náutica ante la necesidad de relacionar el Mediterráneo Oriental y las factorías de la región de Orán con sus colonias matrices de la región del Estrecho, tanto para los barcos que iban costearo junto a las tierras africanas, así como para aquellos que seguían el derrotero de la costa andaluza para alcanzar después la costa meridional camino de Cartago.

En la esfera de Cartago.

El Pseudo-Scilax después de describirnos la costa de *Libya* y antes de referir lo que hay más allá de las Columnas de Heracles cierra el texto afirmando que todas las ciudades y factorías indicadas desde *La Syrte* hasta el Estrecho pertenecen a los cartagineses (*G.G.M.* 111).

Aunque siempre es posible sospechar que esta referencia puede ser un añadido posterior, no correspondiente al cuerpo original del texto, existen indicios que nos hacen suponer que forma parte del mismo. A diferencia de otros párrafos, como el que le sigue (*G.G.M.* 112) donde se

aprecia claramente la existencia de inserciones de carácter etnográfico, comercial, etc., el párrafo que nos ocupa presenta una gran homogeneidad, centrado sólo en tres cuestiones, sucesión de ríos, cabos, islas, puertos y localidades, por otro lado, días de navegación entre los extremos, y por último dos referencias a los dueños de las localidades. La primera de estas referencias señala que los habitantes de las pequeñas islas, entre las que están Gozzo y Malta, son cartagineses y la segunda es la que habíamos señalado hace un momento, que toda la costa desde La Syrte a las Columnas es también de Cartago. Este tipo de información era de especial interés para los nautas griegos, a quienes va dirigida esta obra, se les está señalando, que a diferencia de la costa entre Cartago y Egipto, donde hay asentamientos griegos, en esta no hay ninguno.

La información se puede poner en relación con la prohibición para Roma y sus aliados de navegar y de recalar en puertos de la costa norteafricana desde el *Kalos Akroterion* (Cabo Farina, Túnez) hasta *Mastia* (Región de Cartagena?) que aparece reflejado en el segundo tratado romano-cartaginés, de mediados del S. IV a.C. (Pol. III, 24; Scardigli, 1991: 105-108). Ya estamos lejos del tiempo en que la libertad de navegación y comercio en aguas del Mediterráneo era una realidad, de tal manera que este tipo de información se convirtió en totalmente necesaria para los barcos mercantes.

Todo parece indicar que desde la segunda mitad del s. IV a.C. al menos, quizás incluso antes, *Rusaddir* se encuentra en la esfera de influencia de Cartago y que ha adquirido una especial relevancia estratégica para la metrópoli púnica en su cada vez más importante presencia en el Extremo Occidente. A este respecto es especialmente significativo que desde *Siga* hasta las Columnas, *Akros* es la única localidad mencionada, de tal manera que es fácil sospechar su importancia para la navegación, no olvidemos que se encuentra inserta en la descripción de una obra para navegantes.

El paso a la esfera de influencia de Cartago tuvo importantes consecuencias para la ciudad. Creo que existen indicios para creer que *Rusaddir* recibió elementos libiofenicios en un contexto colonizador muy amplio señalado por otras fuentes, como Herodoto o el Periplo de Hannon, que pareció implicar tanto a la costa sur de la Península Ibérica como al Marruecos atlántico. Los peculiares enterramientos de los siglos II y I a. C. del Cerro de San Lorenzo con inhumaciones en fosas cubiertas por varias ánforas, normalmente en número impar, de 3 hasta

un máximo de 9 y colocadas de forma contrapuesta sobre la fosa⁵ son especialmente semejantes a las de la necrópolis de Olbia, en Cerdeña (E. Acquaro, 1983: 49), isla que había pasado bajo dominación de Cartago tiempo atrás.

Por otro lado, existe un rastro numismático de esta relación de dependencia con la metrópoli centromediterránea. Se trata del hallazgo de un numerosísimo conjunto de monedas recuperadas en un dragado del puerto, hallazgo muy valioso para conocer la circulación monetaria y en definitiva las relaciones comerciales que se desarrollaban via *Rusaddir* en el siglo III a.C.

En definitiva y para concluir creemos que *Rusaddir* no es una fundación de Cartago, sino que su origen debemos atribuirlo en última instancia a Tiro, la gestora y beneficiaria última del esfuerzo colonizador fenicio en el Extremo Occidente. Esfuerzo que es gestionado y articulado desde los asentamientos occidentales preexistentes que contaban con un conocimiento preciso del territorio así como de las necesidades de infraestructura que se iban generando para una extracción de recursos cada vez más perfeccionada y contando con una creciente disponibilidad de medios humanos y económicos.

Notas

¹ Hoy en día está plenamente aceptado que el nombre antiguo de Melilla fue *Rusaddir*, pues contamos con el apoyo de numerosas fuentes antiguas bien contrastadas. Quizás el documento más preciso sea el Itinerario de Antonino, dado el número de referencias geográficas que ofrece y las distancias reseñadas. En este texto no hay duda de que el promontorio *Russadir* es el cabo Tres Forcas o Rus-er-Dir y la localidad del mismo nombre Melilla, *Russadir Colonia*. Plinio también cita el *oppidum* de *Rhyssadir* en los mismos parajes, entre el uadi *Laud* y el *Malvane* (*N.H.* V, 18). Y la Geografía de Ptolomeo entre el cabo *Sestiaría* y el *Metagonitis*. Tampoco hay dudas acerca de la atribución del nombre al gran promontorio, que ha conservado hasta este siglo el nombre arabizado de Rus-er-Dir (Fernández de Castro, 1945: 84). La existencia de otra *Rhyssadir*, esta vez un puerto en la costa atlántica africana identificado en el periplo de Polibio recogido por Plinio (*N.H.* V, 9), nos viene a confirmar la idea de que en la literatura periplea importantes accidentes geográficos transfieren sus denominaciones a localidades u otros elementos geográficos próximos. Contamos pues con un ejemplo totalmente *ad hoc* para el caso que nos ocupa. En una sucesión de ríos, cabos, golfos, puertos y entidades étnicas aparece mencionado el puerto de *Rhyssadir*, que en el relato se encuentra después de otro puerto, el de *Rutubis* y del *promunturium Solis*, siendo admitido generalmente que se encontraría junto al cabo Ghir (Roget 1924: 66-67; Desanges 1978: 135). No en vano Ptolomeo sitúa su cabo *Risádeiron* (*IV*, 2 y *IV*, 6) por estas latitudes lo cual hace sospechar fundadamente que el puerto, seguramente natural, recibe tal nombre por encontrarse junto al promontorio, calificado así en lengua fenicio-púnica por su aspecto imponente.

² Hecateo cita también una ciudad de los libios llamada *Melissa*, que ha sido relacionada con *Melitta*, una fundación hannoniana, y que algunos han querido identificar también con *Rusaddir*, tanto por el parecido con el nombre actual como por la abeja que aparece en sus acuñaciones monetales, J. Carcopino, *Le Maroc antique*. Paris, 1940: 103; y A. Jodin, (1976): *Les grecs d'Asie et l'exploration du litoral marocain. Homenaje Garcia Bellido*, vol. II:75-76. Las posibilidades de que sea así no dejan de ser remotas, de la misma manera que los indicios siguen siendo débiles. A este respecto el argumento principal utilizado sigue siendo poco consistente, la abeja representada en el anverso de las monedas rusaddirenses se puede relacionar con la diosa Astarté más que con una destacada producción de miel de la localidad.

³ La colonización secundaria no debe entenderse como un proceso diferente a la colonización primaria en razón de la procedencia, la más antigua a partir de Tiro y la más moderna a partir de las colonias ya consolidadas, pues las evidencias vienen a mostrar que la cultura material de los niveles de fundación de los asentamientos organizados a fines del s. IX y durante el s. VIII a.C., no pertenecientes por lo tanto a lo que llamamos colonización secundaria, es una cultura reelaborada ya en el Extremo Occidente, con lo cual difícilmente se puede hablar de una implantación colonial organizada directamente desde Tiro. El cambio sustancial entre

una y otra reside en la incorporación en esta última de un considerable número de individuos indígenas integrados en buena parte en la estructura socioeconómica de las colonias matrices y que son utilizados como mano de obra en este nuevo proceso de expansión, dicha incorporación se detecta claramente en los vestigios de las nuevas fundaciones.

⁴ Las posibilidades pesqueras de sus aguas parecen innegables. La Mar Chica (Sebjá bu Arg o El Bahar Seguer), seguramente el gran golfo citado por el Pseudo-Scylax, ha sido hasta hace poco una amplia albufera de 25 km de largo comunicada por una bocana con el mar, la cual ha sido una auténtica reserva pesquera para las poblaciones del entorno durante siglos. Muy abrigada del oleaje permitía la pesca durante todo el año (Fernández de Castro, 1945: 70). Por otro lado era conocida por los antiguos la aridez del territorio circundante (Strab. XVII, 3, 6).

⁵ Fernández de Castro, 1950: 7-11; Los materiales se fechan en su mayoría en el s. I a. C. Véase, Tarradell, 1954: 261; Ramón 1995: 99-100.

BIBLIOGRAFÍA

ACQUARO, E. (1983): L'Espansione fenicia in Africa. *Convegno sul tema: Fenici e Arabi nel Mediterraneo. Roma, oct. 1982*: 23-61

BARRIO, Cl. (1983): Bereberes y fenicios en Melilla: aportaciones de la numismática. *Aproximaciones a las culturas mediterráneas del Norte de Africa (I)*. Melilla: 65-80.

BOKBOT, Y. Y ONRUBIA-PINTADO J. (1995): Substrat autochtone et colonisation phénicienne au Maroc. Nouvelles recherches protohistoriques dans la péninsule tingitane. *VI Colloque International sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord. Pau, oct. 1993*: 219-229.

BOUBE-PICCOT, Ch. (1995): Bronzes antiques. Productions et importations au Maroc. *VI Colloque International sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord. Pau, oct. 1993*: 65-77.

CANFORA, L. (1972): *Totalità e selezione nella storiografia classica*. Bari.

CARCOPINO, J. (1943): *Le Maroc antique*. Paris.

CINTAS, P. (1948): «Fouilles puniques à Tipasa», *Revue Africaine*, 8.

DESANGES, J. (1978): *Recherches sus l'activité des méditerranéens aux confins de l'Afrique. (VIe siècle avant J.-C. -IVe siècle après J.-C.)*. Roma.

DESANGES, J. (1980): *Pline l'Ancien. H. N. Livre V, 1-46*. Paris

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1994): El periplo del Pseudo-Escílax y el mecanismo comercial y colonial fenicio en época arcaica. *Homenaje A. Presedo*. Sevilla : 61-80.

FERNÁNDEZ DE CASTRO Y PEDRERA, R. (1945): *Melilla prehistórica*. Madrid.

FERNÁNDEZ DE CASTRO Y PEDRERA, R. (1950): Las necrópolis púnica y romana de Melilla. *Africa, n° 102: 7-11*(= *Aldaba, 1987, 9: 126-136*, Reed.)

GOZALBES CRAVIOTO, E. (1987): Economía de la ciudad antigua de Rusadir. *Aldaba, 5: 97-120*

GREISSON, Dr. (1973-75): Sites préhistoriques et gravures rupestres des Aït bou Ichauen. *BAM, 9: 103-131*.

JODIN, A. (1966): «Bijoux et amulettes du Maroc Punique», *BAM, 6, 65-80*.

- (1976): Les grecs d'Asie et l'exploration du litoral marocain. *Homenaje Garcia Bellido*, vol. II: 75-76.

LÓPEZ PARDO, F. (1996): Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas. *Gerion, 14: 251-288*.

MÜLLER, K. (1855): *Geographi Graeci Minores*. Hildesheim (1965).

PERETTI, A. (1961): Eforo e Pseudo-Scilace. *Studi Classici e Orientali, 10: 5-43*.

PERETTI, A. (1988): Dati storici e distanze marine nel Periplo di Scilace. *Studi Classici e Orientali, 38 : 13-137*.

PONSICH, M. (1971): *Implantation humaine dans le Tangerois. Du paleolithique a la période romaine*. Rabat.

RAMÓN, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona.

ROGET, R. (1924): *Le Maroc chez les auteurs anciens*. Paris.

SCARDIGLI, B. (1991): *I Trattati romano-cartaginesi*. Pisa.

SIERRA DEL MOLINO, R. (1988): El Estrecho como línea de demarcación en el comportamiento comercial fenicio: demografía y formas de asentamiento. *I.C.I.E.G.*, Ceuta 1987, Madrid: 473-480.

TARRADEL, M. (1954): La necrópolis púnico-mauritana del Cerro de San Lorenzo en Melilla. *I.C.A.M.E.*, Tetuan, 261-266.

- (1955): «Avance de la primera campaña de excavaciones en Caf Taht el Gar», *Tamuda*, 3, 307-322.

- (1960): *Marruecos púnico*, Tetuan.

- (1966): «Contribution a l'Atlas archéologique du Maroc: Région de Tetouan», *BAM*, 6, 425-446.

- (1967): «El poblamiento antiguo del valle del río Martín», *Tamuda*, 5, 247-274.

TESTIMONIA Hispaniae Antiqua I. Madrid, 1994.

VUILLEMOT, G. (1965): *Reconnaisances aux échelles puniques d'Oranie*, Autun.